LA VANGUARDIA.es

# DIÁLOGO DE MEDICINAS

**José Ignacio González Faus,** responsable del área teológica de Cristianisme i Justícia (23/08/04)

En pleno Fòrum de Barcelona, en un clima de multilateralidad, de diálogo entre religiones y culturas, quisiera sugerir hoy un campo de diálogo al que se presta menos atención, pero que ocupa la vida de muchas gentes, afectadas a veces por sus dos protagonistas que más bien se ignoran o se denigran uno al otro. Me refiero a lo que cabría llamar diálogo de los sistemas médicos: occidental y oriental. Está de moda entre nosotros la búsqueda de medicinas orientales, y alternativas, que traduce cierta desconfianza del enfermo ante nuestra ciencia médica. No entro ahora en si está justificada esa desconfianza. Pero quizá una comparación entre ambas ayude a situar el campo de diálogo.

La medicina occidental concibe al ser humano sobre todo como materia, como masa, y desde su carácter laico, no cuenta con otra posibilidad que la de esta vida. La oriental lo concibe mucho más como energía, y arranca de una visión que no considera a esta vida la única posible. Por eso, para Occidente la salud tendrá mucho que ver con la química y la mecánica. Oriente la concibe como una plenitud y equilibrio de energías. En consecuencia, para la medicina occidental el hombre se asemejará más a un tubo de ensayo en el que se provocan ciertas reacciones; en esta visión, el enfermo pierde protagonismo y queda, según expresión corriente, “en manos de los médicos”. Oriente en cambio intenta potenciar las energías para que, en algún sentido, sea el organismo enfermo el que se cure a sí mismo. Frente a la pasividad occidental, el protagonismo oriental.

Por eso Occidente intervendrá en el enfermo desde fuera. Es sintomático que en Occidente se hable del enfermo como paciente y de la cirugía como intervención, mientras Oriente no se siente cómodo con esos lenguajes. Típicamente occidentales son las pastillas añadidas a la alimentación. Más oriental es la dietética y todo lo que intenta curar al enfermo desde dentro, desde su alimentación misma. La medicina oriental es, por eso, más preventiva. La occidental está obligada a ser más curativa, dado lo insano de este Occidente para el que nace. Precisamente por eso, la medicina occidental tendrá siempre el riesgo de parcelar al enfermo, olvidando que, como persona, es “una unidad indisoluble” antes que “un agregado de órganos”. Esta parcelación se refleja en esos medicamentos que te arreglan, por ejemplo, una tendinitis, pero te estropean el estómago. Habrá que ir constantemente buscando cómo paliar esos peligros (cuyo ejemplo extremo puede ser la quimioterapia, que, sobre todo en sus inicios, no sabías si acabaría a la vez con el cáncer y con el enfermo). Se refleja también en la enorme especialización de los médicos, que parecen saber mucho de un órgano concreto y poco de una persona completa.

A cambio de esos riesgos, Occidente puede obtener éxitos espectaculares, tanto en cirugía como en medicación: pues por mucha unidad que sea el ser humano, esa unidad, como diría Zubiri, es inevitablemente “un conjunto de notas” y es más fácil el acceso a éstas que a aquello que brota del conjunto de ellas. Éxitos no sólo de terapia, sino de diagnóstico, porque entra en el enfermo a verle desde dentro (las infinitas escopias: gastroscopia, colonoscopia, etcétera) y obtiene pruebas casi experimentales. Pero sin sus aparatos, los médicos occidentales se están volviendo casi ciegos.

Oriente se ha de fiar del ojo clínico que sin duda tiene mucho más desarrollado, y en algunos caso pedirá confirmación a la tecnología occidental. Pero Oriente es mucho más barato, mientras que la medicina occidental resulta carísima, y acaba amenazando nuestros sistemas

sanitarios. El peligro de la medicina oriental entre nosotros está en la credulidad del enfermo, que olvida que en medicina no existe la panacea universal ni la purga de Benito (¡aunque sí el placebo!), precisamente porque la medicina trata con la vida. Ello puede convertirla en carne de abuso o negocio para mil aprovechados.

La medicina occidental tiene éxitos espectaculares capaces de enorgullecer a cualquiera. Pero tiene a la vez un fallo garrafal que un viejito muy entrado en años me formulaba así en un geriátrico: "Los médicos no alargan la vida, sino que retrasan la muerte. Estoy deseando morirme ya, pero los médicos no dejan morir a los hombres y luego sienten la necesidad de matarlos" (es la razón de muchas demandas de eutanasia). Cabría parodiarle pues con unos versos de Miguel Hernández: "Rodeado de sondas y de tubos, cuánto penar para morirse uno" ("penas y cardos", dice el poeta). La medicina oriental, en cambio, se está mostrando más adecuada para la curación de ciertas dolencias muy occidentales, como diabetes, artritis, hipertensión y demás.

La conclusión de este apunte no es sólo que ambas medicinas deberían conocerse más, sino que los poderes públicos deberían pensar seriamente en incorporar a la Seguridad Social algunas técnicas orientales que son enormemente baratas (acupuntura, reflexología, espléndidas técnicas de masaje), siempre con los controles y experimentación de rigor que establezcan cuáles son las posibilidades exactas de esas alternativas. Este proyecto chocará con la resistencia de una parte del clan médico y sobre todo de las mafias farmacéuticas. Porque parece innegable, dado el sistema económico al que nace ligada, que la medicina occidental está pensada sobre todo para enriquecerse a costa del enfermo (sin que obste para que haya médicos admirables) y la oriental está pensada para la curación del enfermo (sin que obste para que haya nefastos charlatanes).